

CUADERNOS ► ◀ INTER·C·A·MBIO

SOBRE CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

Universidad de Costa Rica / CIICLA

Balam Rodrigo. (2021). *El tañedor de cadáveres*. México: Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León. [pp. 169]
Ivannia Barboza Leitón

DOI: <https://doi.org/10.15517/ca.v21i2.62281>
<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rintercambio>

¿Cómo citar este artículo?

Barboza Leitón, Ivannia. (2024). Balam Rodrigo. (2021). *El tañedor de cadáveres*. México: Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León. [pp. 169]. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 21(2), e62281. <https://doi.org/10.15517/ca.v21i2.62281>

Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe
Vol. 21, No. 2, julio-diciembre, 2024



Nota aclaratoria: este PDF no corresponde a la diagramación final del texto, sin embargo, puede ser citado sin problema ya que cuenta con un DOI y paginación electrónica. Al cerrar el número en construcción se reemplazará este PDF por la versión final y se agregarán las otras galeradas (EPUB y HTML).

Reseñas (sección no arbitrada)

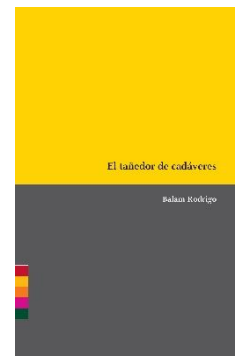
Balam Rodrigo. (2021). *El tañedor de cadáveres*. México: Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León. [pp. 169]

Ivannia Barboza Leitónⁱ

Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica

ivannia.barboza@ucr.ac.cr

DOI: <https://doi.org/10.15517/ca.v21i2.62281>



El libro *El tañedor de cadáveres* (2021) de Balam Rodrigo (Chiapas, México, 1974) contiene cinco apartados, cada uno de ellos cuenta con cuatro o cinco poemas. Es un texto que refiere tanto a coordenadas geográficas como a las especificidades, a los oficios y a las ocupaciones de diversas personas en el planeta. Los versos se acompañan con treinta y una imágenes, entre las cuales hay fotografías, cuadros y grabados antiguos. A esos versos extensos, cargados de adjetivaciones, de reiteraciones, de metáforas y de juegos de palabras –porque no solo las palabras sirven para describir los contextos y los pesares–, se les unen también las caras y las manos fotografiadas; imágenes que, al igual que los textos poéticos, cartografían el globo terráqueo como planeta de faenas, de soles, lunas, materiales, días de sudor y de escasas monedas como estipendio. Palabra e imagen cargan con el peso de la cotidianidad hundida en tareas duras.

El título proviene del poema que corresponde al tercer acápite “De los oficios de ciencia y técnica”, *Forense* (Ciudad Juárez, Chihuahua). El hablante lírico detalla no solo la ejecución con los cuerpos, sino que lo extiende al disfrute musical “tañedor de cadáveres, ejecuto la música en los muertos” (2021, p. 84). Lo que pudo resultar exclusivo de la profesión forense y al tañido de instrumentos musicales¹, puede ser extrapolado a todos los oficios retratados en el libro.

¹ Recojo esta definición: “m. y f. Persona que tañe un instrumento musical. Sin.: músico, instrumentista, tocador” (Real Academia Española, s.f., definición 1).

Los seres descritos en sus oficios ejecutan el trabajo con tacto, tanto en el sentido literal del conocimiento como cuando palpan sus máquinas y sus instrumentos sobre el material de producción; pero también alude al sentido del que no se ve, pero que se tiene; el que años de precariedad humana han llevado a poseer empíricamente, a hacer cultura, y en los que han sobrevivido al abandono universal.

Por eso, la obra del escritor chiapaneco navega por apartados cuyos títulos dan cuenta “De los oficios de aire y sueños”, “De los oficios de saliva, lítica, acero y madera”; el ya mencionado líneas arriba, “De los oficios de espíritu, carne y verbo”, y “De los oficios de hambre, dolor y sal”. Tales distintivos llevan a un discurso coral, porque la complejidad poética cose, escarba, levanta piedras, remueve gomas de mascar, esculca cuerpos, entre otras acciones, a una variopinta gama de faenas. Todos ellos, semánticamente, aluden a la procedencia de las labores ejecutadas, aunque sin dejar de lado, los materiales (lítica, acero, madera, entre otros) y de paso ligam materiales, elaboraciones, ciencia y cultura. Tal taxonomía usada por Balam Rodrigo remite, asimismo, a los esfuerzos y a los campos semánticos que exudan las artes liberales y las artes manuales (Altieri Megale, 2001, p. 2).

Al leer el libro *El tañedor de cadáveres*, somos llevados por el mundo del trabajo, pero, desde mi punto de vista, también hacia dos importantes focos de atención. El primero de ellos corresponde a quienes hacen cultura, la sostienen milenariamente y la mantienen viva en la cotidianidad. Al respecto, Ángel Altieri Megale, profesor emérito de la Universidad Autónoma de Puebla, acota que la

cultura es el proceso de la actividad humana concatenada a la civilización y a las realizaciones de la especie humana, tanto a la que atañe al lenguaje, la industria, el arte, la ciencia, el derecho, el gobierno, la moral, la religión, como a los instrumentos materializados en las realizaciones culturales y mediante los cuales surten efecto práctico los aspectos intelectuales de esta (edificios, instrumentos, máquinas, objetos de arte, medios para la comunicación, etcétera) (2001, p. 15).

Por eso, en los versos, indistintamente de los que sean, el oficio mostrado abre el espectro de carencias para quienes los ejecutan y, al hacerlo, describen las herramientas con que se trabaja y la posible correlación que, en fuerza laboral y salarial, pueda extenderse hacia los seres cercanos a quienes laboran. Es decir, detrás de cada rostro mostrado en forma poética hay un núcleo familiar, hay otros seres que viven de la faena diaria. Consecuentemente, no hay una justa y equilibrada medida entre lo que se realiza y lo obtenido por ello, aunque todas esas personas (hombres, mujeres, personas adultas mayores, jóvenes) hacen eco de una dignidad en el desempeño de las tareas. El poemario de Balam Rodrigo expone cómo los seres humanos retratados en las páginas y en las fotografías son cultura viviente en esta compleja red de labores, oficios y profesiones. Al leer *El tañedor de cadáveres*

se abren coordenadas de un espectro laboral que retiene a seres en la producción, en la generación y en la multiplicación de bienes, servicios y enseres produciendo cultura, transmitiéndola y tornándola repetitiva en el engranaje del mercado.

El tañedor de cadáveres exuda riqueza lingüística: cada poema contiene un universo, que da cuenta del trabajo que representa su escritura. Habría que ahondar en los aspectos etimológicos, los giros lingüísticos y las variantes del idioma que visten a las acciones, los materiales, los tecnicismos que entraña cada poema. Sobresale el humor; este también se cuela paradigmáticamente en el caso del *Restaurador de niños dios* (Celaya, Guatemala): “Yo los restauro siempre a imagen y semejanza del patrón: / vaya, del que me paga: ‘con dinero baila el yeso’” (2021, p. 111).

En el sentido coral que viene de las profundidades de las palabras, *El tañedor de cadáveres* evidencia mediaciones entre quienes han descrito sus oficios a una persona receptora, de este a un yo lírico y, finalmente, a quienes leemos estos versos. Esa mediación resignifica un universo abierto con el diálogo al yo lírico; el universo traspasa la cotidianidad y la hace poesía. A modo de ejemplos, el discurrir del *Pastor evangélico* (Sao Paulo, Brasil) capta el interés del colectivo como el *Merolico vendedor de trastes* (Actopan, Hidalgo), que lo hace con juegos de palabras y un sabor en los vocablos que solo la calle otorga, mientras que un pensar más íntimo se halla en el *Marimbero* (Soconusco, Guatemala): “Morir de marimbero, me gustaría que hicieran / de tablas de hormiguillo, / así como lo oyen, el cajón de mi ataúd” (2021, p. 72).

A pesar de ese carácter cuasi narrativo del libro, los poemas plantean expresiones y sueños; mantienen un lenguaje cargado de figuras literarias, con lo que pueden hallarse también en ellos las circunstancias inmediatas de sus países, las situaciones que los aquejan: hay quienes nombran la migración y el narcotráfico como los muros que no permiten vivir con dignidad ganándose el pan de cada día; otros, exponen la represión y la memoria en el contexto chileno, como se reconoce en *Quitachicles* (Santiago de Chile, Chile): “chicles ayer molidos por la mandíbula incansable / de la Dictadura, / hoy por la sa(n)grada Economía Global que los devora” (2021, p. 50).

El tañedor de cadáveres se erige a la memoria porque el pasado y el recuerdo subyacen en los versos para la madre cosedora de pelotas de fútbol, quien guarda en un altar la fotografía y el balón a su hijo, uno de los 43 desaparecidos de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa (Guerrero, México) en setiembre de 2014. El poemario, además, documenta el tiempo presente, que atronador, señala cómo la Revolución Industrial se extiende por siglos, sin tener fin y descanso para la Humanidad explotada y que ha dejado huella en todos los espacios acelerando procesos, exigiendo más productos, en menos tiempo, pero que no ha redundado en una calidad de vida tanto para quienes trabajan como para quienes viven del empleo que sus seres cercanos hacen. Además, es un espejo del futuro que se cierne en

aquellos oficios como el de ordeñar amapolas o el de las mujeres buscadoras de metal en ríos contaminados, cuales visiones apocalípticas con olor a metal, a herrumbre y a angustia.

Con el segundo punto de interés, acoto la presencia predominante del mercado. Hay un mercado ajeno en el que las mujeres producen riquezas para los hombres y los hombres riquezas para otros hombres, así leemos, por ejemplo,

pero las cosechadoras de balones perdemos siempre
sin jugar ningún partido de fútbol:
cosemos cinco o siete balones por día,
ganamos diez o trece pesos por cada uno
y apenas evitamos las constantes goleadas
que nos atiza del hambre (2021, p. 17).

No se quedan los dividendos para el desarrollo humano de quienes trajinan con sus cuerpos y mentes; solo permanece, en algunos casos, la satisfacción de que lo hecho es para el beneficio de sus semejantes; aunque las acciones del capitalismo vacían también de contenido ese deseo cuando sueñan las mujeres cosedoras de balones, el deshuesador de barcos, el marimbero o el carpero con la trascendencia de la acción ejecutada. Así, entonces, el capitalismo se torna distante en el uso y en el disfrute de esos enseres e instrumentos producidos y reparados a la otredad que consume, desprecia y desecha.

A mi juicio, *El tañedor de cadáveres* posiciona a los seres desde dos puntos de vista: 1) contribuir en un mercado (lejano, desconocido, al que nunca accederán o conocerán) y 2) la pobreza y la marginación que tales ocupaciones les resulta y, con ello, la visión milenaria y sanguinaria de explotación de unos por sobre otros, como dice en *Buscadoras de metal (La Mina, Mixco, Guatemala)*: “el costal del hambre histórica que llevamos / –desde antes de nacer– cargando a cuestas” (2021, p. 28).

En las realizaciones de la especie humana y en la materialidad de la cultura explota el sentido del contacto, por eso la obra exhibe cómo se incrustan los materiales manipulados en la piel, en las uñas, en los ojos, en la corporalidad colectiva retratada, en la explotación de las mujeres en franca desigualdad laboral y salarial a pesar de hallarnos en el siglo XXI. Esto último abre espacio a la relación de la Naturaleza con lo femenino, que bien posiciona el yo lírico en constantes adjetivaciones para mostrarnos los recursos dados por la Madre Tierra: valiosos sí, pero también sobreexplotados, agotados, destruidos y desfallecidos como las mujeres mismas que faenan doble, triple jornada.

Esta obra transita por ubicaciones geográficas diversas (va desde Centroamérica hasta Asia, América del Sur y Europa), traza rutas y posiciona disímiles planos de la existencia de los oficios y de

quienes los ejecutan. Al hacerlo, despliega una gama de instrumentos (el hablante lírico da cuenta de herramientas, tecnicismos y enseres propios de los oficios), hechos por los mismos seres humanos que, de manera contradictoria, los atan a las tareas en una metaforización de la esclavitud del trabajo poco o escasamente remunerado.

En Balam Rodrigo con *El tañedor de cadáveres* se mira un horizonte lejano para quienes emplean los materiales: lo que resulta de la manipulación, el arreglo, el hacer o el crear termina por irse, salirse de las manos, alejarse. Esta idea se lee en el “Deshuesador de barcos (Chittagong, Bangladesh)”: “Jamás he viajado en barco, / pero todos los días deshueso alguno, / borro las señas que el mar le dejó y llevo en los pulmones / el óxido de su última exhalación” (2021, p. 150).

Si me preguntan de cuáles universidades, institutos o centros parauniversitarios salieron todas las personas descritas, respondo que de la “Universidad de la Vida”. Ella otorgó la mayoría de los diplomas para las personas que trabajan, así como de la “Universidad de la Necesidad”, de lo que hay, de lo que corresponde hacer porque las sociedades capitalistas, productoras y expulsoras de la fuerza laboral desechan en aras de la productividad, la apariencia e incluso el servilismo. Y con esa “Universidad de la Vida” va la ciencia, a propósito de la cultura, es el empirismo en la mayoría de los oficios, la inteligencia humana que ha sabido sortear uno y mil obstáculos en aras de obtener unas cuantas monedas a cambio, pero es también, dentro de la cultura que cuenta para siempre, la idea del traspaso generacional de los oficios, de las necesidades, lamentablemente, y de las posibilidades.

Por lo anterior, *El tañedor de cadáveres* viene a recordarnos dos ideas con las que cierro: el libro es trabajo, trabajo que Balam Rodrigo ha entregado, como los descritos entre sus 169 páginas, para el disfrute intelectual y emocional del público lector. ¡Bienvenidas sean estas y otras faenas literarias que descubren la cotidianidad de la cultura material e inmaterial! La palabra latina *otium*, según Altieri Megale, es el segundo aspecto. Él señala el descanso para la contemplación, la diversión o, simplemente, para alejarse de las ocupaciones que producen cultura, esta palabra como vocablo y como praxis está ausente de las existencias de los personajes retratados en la obra, sus vidas giran en torno a un eterno trabajar histórico y milenario que no debe ser subsumido al olvido y, mucho menos, al desprecio.

Referencias

- Altieri Megale, Ángelo. (2001). ¿Qué es la cultura? *La Lámpara de Diógenes*, 2(4), 15-20.
<https://www.redalyc.org/pdf/844/84420403.pdf>
- Balam Rodrigo. (2021). *El tañedor de cadáveres*. Consejo para la Cultura y las Artes de Monterrey, Nuevo León.
- Real Academia Española. (s.f.). Tañer. *Diccionario de la lengua española*.
<https://dle.rae.es/ta%C3%B1er>

ⁱ Nota de autora

Costarricense. Doctora en Estudios de la Sociedad y la Cultura por la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica. Docente de la Escuela de Estudios Generales y directora del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA), ambas unidades académicas pertenecen a la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica. Correo electrónico: ivannia.barboza@ucr.ac.cr ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0057-1981>